



## EL CULTIBEIRO

23 de abril de 2004

### VAYA PEDAZO DE CORO

Esto empieza a parecer un caso de endogamia por completo celestial. Verán. Uno de ustedes, un miembro de esta cada vez más inmensa familia de cómplices que leen esta página cada semana, me envió un mensaje de correo para invitarme a un concierto. Mi amigo se llama **Daniel de La Puente** y el coro en el que él canta (y que protagonizaba el concierto, claro) es el `Vía Magna`. No lo conocía, lo admito. Caramba, me dije: esto empieza a convertirse en la pescadilla que se muerde la cola. Yo les cuento a ustedes lo que pasa en los sitios a los que voy, bien, pero me suena un poco raro que sean ustedes quienes me digan a qué sitios podría ir yo para contarles a ustedes lo que veo en los sitios a los que ustedes me dicen que vaya: un trabalenguas o un juego de espejos.

Pero me hizo muchísima ilusión, para qué negarlo, la espontánea invitación del encantador y tímido Daniel. Así que, curioso y sonriente, fui al concierto. De hecho ahora mismo, cuando escribo, vengo de allí. Soy sincero: no las tenía todas conmigo. Verás, Inci, me decía: coro quizá de aficionados, vete a saber si parroquial, ni te suena el nombre, dónde te vas a meter, qué vas a decir de esto si es que dices algo...

Idiota de mí. ¡Idiota de mí! Estaba completamente equivocado. Ah, caballo de poca fe. Lo primero con que me tropecé fue la cola. Comenzaba en la puerta de la madrileña iglesia de Nuestra Señora de las Maravillas (un templo barroco no muy grande y de acústica bastante espesa) y cruzaba limpiamente toda la plaza del Dos de Mayo: millar y medio muy largo de personas. Lo segundo que me sorprendió fue el programa, que te daban al pagar los diez euros de la entrada: el *Magnificat* de **Heinrich Schütz** (el “papá” musical de **J. S. Bach**), un motete más del mismo autor y, así, sin anestesia ni nada, ¡cuatro motetes de Bach para coro, órgano y solistas! Cooooño, me dije, esto son palabras mayores. No hay orfeón ni rondalla de señoras en España capaz de atreverse con esto... ¿qué va a pasar?

Pues pasó que el `Vía Magna` es un coro como la copa de un pino. Se lo juro. Qué concierto, Dios del Cielo. Medio centenar de cantores, la gran mayoría por debajo de los treinta años, y algo desequilibrados en cuanto a cantidad: apenas dieciséis voces graves y, el resto, chicas. Un órgano positivo y un director, el argentino **Óscar Gershensohn**, de increíble expresividad, de esos directores que sudan a chorros, que están pendientes de todo y de todos, que dirigen casi más con los gestos de la cara que con los gestos de las manos: un director “paternal”, para entendernos, pero que comprende la música barroca, y sobre todo la de Bach, con una lucidez que se ve pocas veces. Por su musicalidad, me recordaba al inmenso **Adolfo Gutiérrez Viejo**. Por su aspecto

(melenudo, embigotado, sonriente, nervioso y sudoroso), su gestualidad y su origen, al no menos grande **Carlos López Puccio**, director del Estudio Coral de Buenos Aires y miembro de 'Les Luthiers'.

Qué coro de aficionados ni qué gaitas. Ya quisiera el 90 % de los coros españoles, aficionados o profesionales, cantar así. En los tres primeros compases del *Lobe den Herren*, de Schütz, quedó más que claro. Un delicadísimo cuidado de las voces: nada de gritos, nada de *ffff*, nada de alaridos en los agudos, nada de romanticismos fuera de época: la *bella simplicidad*, que diría **Gluck**. Y difícilísima. Gershensohn tascaba el freno del volumen una y otra vez para dejar que se oyese la música. Ni una voz más alta que otra, ni un "solista" extemporáneo dentro de cada sección: un empaste impecable, un diálogo perfecto entre las distintas cuerdas, un dejarse decir unos a otros, un dejarse cantar...

Ni uno de esos 'vibratos' operísticos que tantas veces destrozan los conciertos de coros. Ni una sola entrada a cañonazos: siempre suaves y exactísimas, fuesen en *forte* o en *piano*. Ni una sola equivocación, desafinación, desajuste, duda: todo parecía tan fácil... ¡Y no lo era! ¡Ni muchísimo menos! Gershensohn, en la mejor línea interpretativa de Bach, no le tiene el menor miedo a los *tempi* vivos, enérgicos, vibrantes. Pero para eso, cuando uno se mete con el endiablado motete *Der Geist hilft unsrer Schwachheit auf*, el BWV 226 de Bach, necesita tener ante sí un instrumento experto y bien templado, unas voces que puedan atacar dar todas las notas de las tremendas cataratas de semicorcheas sin saltarse ninguna, sin "surfear" sobre los pasajes difíciles, que son casi todos... Y daba gloria oírlo. Gershensohn pudo permitirse el lujo de llevar la primera parte de ese tremendo *Der Geist* ¡a uno, marcando una sola vez el compás ternario, y a la velocidad que él quería! Porque el coro respondía exacto, impecable, asombroso. Repito: asombroso.

Lo mejor fue el largo motete *Jesu meine Freude*, el BWV 227 de Bach, una de las encerronas más canallas que yo conozco para un coro. Había que ver. Los reguladores, los matices, los más leves detalles; una pronunciación sencillamente impecable; una respiración cuidadísima tanto en la masa coral como en los solistas... Caramba, ¡si es que se acordaron hasta de hacer la 'coma' respiratoria en el "Gottes lamm, (ahí se corta el sonido una décima de segundo) mein Bräutigam", que ya es el colmo de la exquisitez! La impresionante elegancia y equilibrio con que atacaron la fuga... Oh, el emocionantísimo "Gute Nacht", a tres voces... El detallazo de meter, en el quinteto de solistas, a un contratenor de voz muy hermosa, Amaro González...

Y yo que pensaba que me las iba a tener con un coro parroquial. Dios mío, qué bobo y qué presuntuoso soy a veces. Al final del *Yesumaine* (que es como la gente de los coros llama, familiarmente, al *Jesu meine Freude*) se me escaparon dos "bravos" como dos obuses, ¡a mí, que no los suelto jamás! Aquello se venía abajo a base de merecidísimos aplausos. Salí del concierto sinceramente conmovido. Y muerto de envidia. Ah, mis tiempos de cantor de coros y de director coral... Me hervía la sangre. Siempre lo dije: cantar en un coro está al alcance de casi cualquiera, aunque la inmensa mayoría de la gente no lo sepa o no se atreva. Y, créanme lo que les digo, eso es algo que te cambia la vida. Te cambia la manera de ser, de ver el mundo. El hecho de que tu voz se una a otras para lograr, súbitamente, un milagro sonoro inventado por un señor hace doscientos años (o mil, o diez) no tiene comparación con casi ninguna otra emoción conocida. Y cuando se hace con el entusiasmo, la entrega y la calidad, la enorme calidad

del `Vía Magna`, el milagro se vuelve inolvidable.

Anoten el nombre de ese coro porque, sin duda, volveremos a oírlo. Y háganme caso: sáquense de encima la timidez y el miedo y, a poco oído que tengan, apúntense a un coro. No pueden siquiera imaginar la felicidad que les espera. Como decía un personaje de la película *El rey pescador*, “es lo mejor que se ha inventado después de la mayonesa”.

[Incitatus@elconfidencial.com](mailto:Incitatus@elconfidencial.com)